

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Junio de 1932

Núm. 88

Romain Rolland.

¡MUERE Y VUELVE A SER!

TNAREA vana sería pretender encerrar a Goethe dentro del marco de un retrato objetivo. Nadie pudo hacerlo nunca. Los más famosos libros que le han sido consagrados, hacen sentir aún más *lo inconmensurable* de su naturaleza (una expresión a que era afecto) y la incapacidad de las gentes de libros para abrazar ese río. No se le detiene jamás. El mismo lo decía: «Cuando se me cree todavía en Erfurt, ya estoy en Weimar».

Puede servirse de él para apoyar una tesis. De la misma manera podríase apoyar la antítesis. En su pleno vigor, Goethe pasmaba a los espíritus burócratas, que creían fijarlo en el área de pensamiento en que él mismo acababa de situarse. No se consideraba ligado a nada de lo que había concluído; juzgaba, se retractaba con desenvoltura, pasada, en algunos minutos, por toda la gama de los diferentes puntos de vista. Las buenas gentes, estupefactas, echaban los bofes al seguirlo. No ponía en este juego una sonrisa *dilettante*, o, aunque hubiera tenido el humor, una gota de ironía mefistofélica. Obedecía a las exigencias múltiples de su naturaleza. Y decía a Jacobi:

Con las tendencias diversas de mi naturaleza, no puedo contenerme con una sola manera de pensar... Las cosas del cielo y de la tierra constituyen un reino tan vasto que se requiere, para poder abarcarlos, todos los órganos de todos los seres reunidos. (6 de Enero 1813).

¿Hablaba yo de un río queriendo caracterizarlo? Es, o puede ser todos los ríos a la vez, y en todas las vertientes. ¡Tratad de fijarle, pues, un fin, un objeto! No le reconoce ninguno al arte ni a la naturaleza. Decíale a su viejo Zelter:

—La naturaleza y el arte son demasiado grandes para tener objetos y fines: no tienen necesidad, pues todo está asido a algo, y este encadenamiento, es la vida.

¿Cómo, pues, tomar su medida?

No, no lo intentaré, como tampoco pretendo estrechar la Naturaleza con mis brazos. Pero puedo, sí, decir lo que les debo, a él, como a la Naturaleza, y lo que he bebido en ellos.

Y en primer término, ese secreto conocimiento de su identidad. No era de esos neo-idealistas que hacen depender del tema la realidad del objeto. *¿«Cómo, escribe increpando a Schopenhauer, la luz sólo puede estar ahí donde usted la ve! ¡No! Es usted que no estaría ahí, si la luz no le viera a usted».*

Este sólido realismo lo protege contra el orgullo alucinado del genio, que se cree con el derecho de crear formas que no estaban en la naturaleza. «Inventar no ha sido mi preocupación: siempre he considerado al mundo más genial que mi genio». (1809).

No hay, pues, riesgos de que peine sin modelo. Pero lo admirable es que ni siquiera tiene necesidad de contemplar el modelo para verlo; se ha identificado con él. Ha descrito la operación de su espíritu. Frente

a la naturaleza, el arte no es su mira. Su mira es penetrar por los canales de las formas, y en seguida, de las leyes, al espíritu de la naturaleza.

«No he contemplado nunca la naturaleza con un fin poético. Comencé por dibujarla, luego la estudié científicamente, de modo de poseer exacta y constantemente los objetos naturales. Así, poco a poco, aprendí de memoria la naturaleza, hasta en sus más pequeños detalles, de tal suerte que, cuando tengo necesidad, como poeta, de un toque, ella viene a mi conjuro, y no pecho fácilmente contra la verdad.»

A este grado de objetivismo paciente y apasionado, Goethe va a unirse al polo opuesto del espíritu creador, ese estado del artista hindú en que la absorción mística del tema en el objeto se termina en esta reciprocidad: el objeto vuélvese tema. La realización de la Identidad es completa. No es Goethe que «habla de la naturaleza». Es ella que habla en él.

«La primera cosa es aprender a dominarse». Tener bajo el puño de la mano las fuerzas de su naturaleza... No es poco, cuando se ve, en su primer chorro, la superabundancia y la violencia de esas fuentes calientes, la impetuosidad de sus sentimientos, la enormidad de su orgullo, su falta de miramientos, su independencia absoluta, su negativa de inclinarse ante nadie, el escándalo que su actitud despierta entre sus amigos atemorizados.

....«Id siempre al exceso!».... Es como un carácter lleno de materias en fusión. El choque, no tan solo contra las paredes del mundo, sino en él, de esas pasiones opuestas, lo demasiado de su naturaleza, lo demasiado complejo, le es a él mismo una tortura.

Tendrá necesidad de aprender duramente a sofrarse, a rechazar su naturaleza. A los 39 años, hará esta observación amarga que «lo que más nos lleva seguramente a nuestra ruina, es cuando nos aban-

donamos a lo que nos es propio, a nuestro *Eigenheit*. . . »

¡Terrible esfuerzo contra sí mismo, para llegar a esta lección y para conformar su vida! El hombre que estaba hecho para ser martillo, aprende a volverse yunque; se consuela, reconociendo que es preciso, para recibir los golpes, una energía cien veces mayor que para asestarlos.

¡Hase hablado tanto de su dicha y de su calma olímpica! ¡Qué idiotas! ¿No han mirado nunca, pues, la arruga de esa boca melancólica y la expresión hastiada? Ese toro triste. . . .

«Se me ha considerado siempre como un privilegiado de la felicidad. . . En el fondo, mi vida no ha sido otra cosa que pena y labor. Puedo decir que en 75 años, sólo tuve cuatro semanas de verdadero bienestar. Eternamente la piedra rodaba, y había que sollevantarla de nuevo. . . » (1824).

¿Cuándo se quejó? Apretaba los dientes, y volvía a subir el repecho. Pero ¡cuántas veces se encontró frente a frente con su desesperación! ¿Quién, mejor que él, la ha mascado y vuelto a mascar? Se necesita que hubiera estado totalmente impregnado, para que de él brotase este grito sublime: «¡Quién no puede desesperar, no debe vivir!» Y la siguiente profesión de fe de un pesimismo heroico: «Todo consuelo es vil, y la desesperación es deber».

El valor; el ánimo. . . La primera virtud. . . Sin él, todo es nulo, «valdría mejor no haber nacido nunca». Con él, nos pasamos de los hombres y de los dioses.»

Se le acusaba de insensibilidad. Y sabemos que esta coraza era tan dura porque tenía la epidermis muy sensible, y que la carne habíase estremecido ante tantos contactos afrentosos.

¿Pero quiénes son sus enemigos? ¿Para cuál guerra del espíritu se ha armado? ¿Qué quería defender o conquistar?

Claramente lo dijo en su lúcida contemplación del pasado: «Yo mismo, yo todo entero como soy...». En las arenas del mundo sin límites, tal como en el desierto, quiso edificar «la pirámide de su ser». Todo ha sido piedra para su construcción: fortuna e infortunio, sus alegrías y sus dolores, el destino, los azares, la salud y la enfermedad, todo lo que vió y tuvo, y todo cuanto no tuvo.

«Sé lo que puedo y lo que no puedo, y quiero solamente lo que puedo.»

Y, sin duda, lo que puede un Goethe es vasto y variado como el mar. Su pirámide es colosal. Es poeta y publicista, hombre de Estado, hombre de teatro, hombre de corte, hombre de ciencia, administrador, educador, ama, crea, obra, es hombre entre los hombres... ¿Pero quién es el arquitecto? ¿La voluntad arbitraria del alma aislada? No, la Naturaleza—todavía ella!—de la que este hombre es un fragmento, de igual substancia, sometido a las leyes que la dominan, pero consciente. «El hombre alcanza la seguridad de su propio ser, en que reconoce al ser fuera de sí como su semejante, y como regido por las mismas leyes». «El hombre se conoce a sí mismo tan solo en la medida en que conoce el mundo...».

Paralelismo y parentesco—, por no decir identidad consubstancial—del ser personal y de sus leyes con las de las cosas y su estructura. Un microcosmo en el Cosmos; y el origen de la Naturaleza es nuestro corazón.

Al comenzar estas páginas dije que cada quien toma en el inmenso campo del pensamiento—que representa la obra y la vida de Goethe—lo que se relaciona con su esencia personal: Yo he cogido esta frase:

¡Muere y vuelve a ser!

Es central en el alma de Goethe—si no es el único brasero. Evolución, Revolución... Los dioses que caen y los Estados, los temblores de tierra que sacuden las conciencias y las sociedades...

Goethe los conoció. El vió, como nosotros, desplomarse un mundo. Pasó a través del fuego: Valmy, el cieno de Argona y la derrota ante la Revolución, las invasiones, el huracán napoleónico, Sena, la caída de los tronos que se vuelven a levantar y a caer. La parábola de su vida ha cubierto un campo más accidentado que el nuestro. Aprendió la ley de la eterna Metamorfosis.

«El patriotismo corrompe la historia». «Odio toda revolución, porque ella destruye más bienes de los que llega a crear». «La manía de la duda no me agrada de ningún modo, pero mucho me place un ataque directo contra una autoridad usurpada».

Nunca tuve miedo de los extremos opuestos. Lo que le repugna son los términos medios. «Puedo imaginarme perfectamente en los sistemas opuestos, pero jamás en las medias tintas».

No, los fuertes odios, las explosiones sociales que son fuerzas naturales, no le espantan:

—«Mucho me regocija sentir que hay cosas que odio, pues nada es tan mortal para el espíritu que encontrar que las cosas están y son bien como ellas están y son; es la destrucción de todo sentimiento verdadero».

Lo verdadero—la verdad—es la piedra de toque. Sobre ese particular, nunca titubeó Goethe. Otros, Tolstoi, los genios del corazón, que no equilibra una igual potencia de la razón, vacilan, conmovidos, entre el amor y la verdad. Goethe, no. Si la verdad arde, tanto peor, y tanto mejor! Ella es el fuego.

«Prefiero la verdad nociva que el error útil; la verdad cura el dolor, que tal vez ha causado.»

«Una verdad nociva es útil, porque ella sólo puede perjudicar un instante, y conduce luego a otras verdades que serán siempre más útiles; mientras que un error útil es nocivo, porque sólo puede servir un momento, y degenera en otros errores que serán siempre más nocivos.»

Repite este pensamiento veinte veces, así como se encuentran en sus páginas más de cien veces, el leal homenaje, ardiente, entero, absoluto, a su señora: la verdad. Citaré dos ejemplos, categóricos: «La primera y la última cosa que se exige del genio es el amor de la verdad». «Todas las leyes y todas las reglas morales se reducen a una sola: VERDAD».

Goethe es el escritor que nunca ha mentado. Y es esta integridad casi única del espíritu que comunica a toda su obra esa terrible seriedad; digo, *terrible*, hasta en su gracia y su serenidad, como puede serlo el cielo luminoso. Una luz igual, sin meteoros y sin espejismos. Una poesía sin falsos brillantes, sin retorismo, sin juego de palabras.

La verdad va siempre adelante, en lo que vendrá, nunca en la muerte ni en lo que deja atrás. Y es por esa ruta mácula, mirando hacia el sol naciente, que su pensamiento y su voluntad se han orientado a toda hora... El Goethe de Weimar puede esperarlo en el camino mismo, anunciándolo. Pero el Goethe-Fausto marcha a la delantera; y lo arranca a la noche. Es él quien dijo la palabra inmortal de Fausto, moribundo:

«Sólo merece la libertad y la vida, quien las conquista cada día.»

Y esta frase es nuestra bandera. Flota por debajo y por encima de todas las Revoluciones. Puesto que toda Revolución se asigna un propósito y se detiene. Y Fausto moribundo marcha todavía, marchará siem-

pre! Su estandarte es el de la Revolución permanente, que va al asalto eterno del Destino, y por la fuerza le arrebatada, día por día; un jirón de verdad.

Avanzar, caer, levantarse,—moverse, obrar, luchar, servir,—y luego, después, ser destruído—á fin de *recomenzar*

«Muere y vuelve a ser»,—hombre, pueblo, mundo, mónada de mundos—Crisálida!

Especial para *Atenea*, (Villeneuve, Suiza, 1932).